CALISTA,

O

LA IGLESIA EN EL SIGLO III.

CAPITULO PRIMERO.

En ninguna provincia del vasto imperio romano, tal como existia á mediados del siglo III, ostentaba la naturaleza mas ricos y seductores adornos que en el Africa proconsular, territorio cuya metrópoli era Cartago y el centro Sicca. Esta ciudad, residencia de una colonia romana, se hallaba situada en una escarpada eminencia, que conducia por una série de colinas á una elevada meseta en la direccion del Norte y del Este. Contrastaba de un modo sorprendente con esta agreste y árida

region, la perspectiva que se estendia al Occidente y al Sur, compuesta, por espacio de muchas millas, de risueñas campiñas y de bosques, con vario colorido, hasta terminar en las sucesivas cimas del Atlas, y en las brumosas y fantásticas formas de las montañas de la Numidia. Las cercanías de la ciudad estaban ocupadas por jardines, viñedos, campos de trigo y praderías, cruzadas ó ceñidas aquí por magníficas calles de árboles ó por los restos de bosques primitivos, mas allá por hermosos sotillos, obra de la riqueza y el lujo. Esta espaciosa llanura, aunque igual en comparacion de las montañas que protegian la ciudad por la parte del Norte, y de las rocas perpendiculares que orlaban el horizonte al Sur y al Occidente, se conocia por la sucesion de luces y de sombras, que estaba interpolada de colinas y de valles, de alturas y barrancos; mientras que los jardines de naranjos, los huertos, y los plantíos de olivos y palmeras tenian su localidad propia en la vertiente de las colinas y en el fondo de los valles. Al través de los árboles que se dilataban cada vez mas espesos del Occidente al Norte, era facil ver,

por intervalos, dos calzadas sólidas, prolongándose hasta la orilla del Mediterráneo, y guiando una á la antigua rival de Roma, otra á Hippo Regius en Numidia. El viajero hubiera podido advertir quizá la falta de agua en este paisaje; pero el labrador, natural del país, le hubiera mostrado que solo los ojos llevaban razon en estar descontentos, y que bajo el espeso follaje y las desigualdades del terreno se ocultaban tesoros que la madre tierra suministraba con pródiga bondad. El Bragadas, procedente de los costados del Atlas, compensaba en profundidad lo que le faltaba en anchura de lecho, y sureaba el rico y fértil suelo con su rápida corriente, hasta que, dejando atrás á Sicca, iba á desembocar en el mar, junto á Cartago. Era el mas considerable entre muchos rios, casi todos tributarios suyos, que hacian mas profundo su cáuce, á medida que en él desaguaban. En tanto que los arroyuelos mas abundantes derramaban parte de sus aguas por medio de canales en las tierras destinadas al cultivo, varios manantiales que brotaban de la arena que cubria el pié de las colinas, estaban cercados de pie-

dras recortadas ó de una capa de guijarros; y donde no se encontraban ni fuentes ni arroyuelos, se habian abierto pozos, á veces hasta la profundidad de 200 toesas, saliendo las aguas con tal violencia, que los primeros trabajadores habian sido de ella víctimas. Además de estos recursos con que contaban las localidades ó estaciones menos favorecidas, abundantes lluvias descendian sobre toda la region durante medio año, y en el verano el rocío compensaba por la noche el diario tributo pagado á un sol de Africa.

A varias distancias, en la ondulante superficie y al través de los bosques se veian las quintas y los lugarejos de aquella feliz comarca. La arquitectura desplegaba allí todas las riquezas de una de sus épocas mas brillantes. Cada villa, cada aldea era como un centro, de donde partian largas filas de edificios públicos y privados, de palacios y de templos, algunos de piedra ó de mármol, pero los mas de esa composicion de hermosa tierra, comprimida fuertemente por medio de fábricas, en que los sarracenos alcanzaron despues tanta fama, y de que existen aún frag-

mentos, cuya superficie se conserva tan dura y tan agudos sus ángulos, como si se acabasen de construir. Acá y allá, coronando con sus templos y sus basílicas las colinas ó las rocas, brillaban á la luz del sol las ciudades de la provincia ó de sus cercanías: Thibursicumbus, Thugga, Laribus, Siguessa, Sufétula, y muchas otras; mientras que, á lo lejos, sobre una elevada meseta al pié del Atlas, se distinguia la Colonia Scillitana, que habia adquirido celebridad cincuenta años antes, á causa del martirio de Speratus y sus compañeros, decapitados de órden del procónsul por haberse negado á jurar por el genio de Roma y el emperador.

Si el espectador se sitúa ahora, no en Sicca, sino á cosa de un cuarto de milla al Sudeste, sobre la altura ó montecillo en que estaba la cabaña de Agelio, verá á la misma ciudad formar parte del cuadro. Su nombre, Sicca Veneria, si se derivase del Succothbenoth, ó "tabernáculo de las hijas," que el inspirado escritor cita como objeto de culto idólatra en Samaria, seria una prueba de que su fundacion se debió á colonos fenicios. De todos modos, es cierto que

las divinidades públicas reinaban allí esclusivamente. Los templos de Hércules Tirio y de Saturno, en que se sacrificaban anualmente víctimas humanas, se veian al pié de sus muros; si bien estos edificios religiosos y los del interior eran eclipsados por el antiguo y misterioso monumento dedicado al culto sensual de la Astarte Siria. Los baños públicos, un teatro, un capitolio por el estilo del de Roma, un gimnasio, un vasto pórtico, una estátua ecuestre del emperador Severo en bronce, dominaban, formando un grupo, calles estrechas y sinuosas, que atravesaban la colina en todos sentidos. En el centro, una fuente notable, que la supersticiosa gratitud de los habitantes habia rodeado de un peristilo sagrado, suministraba constantemente muchas cubas de agua por minuto; mientras que en el estremo de la vertiente septentrional, que no vemos ahora, una roca tajada daba á la ciudad, cuando se la miraba á cierta distancia por el lado del Mediterráneo, ese aspecto atrevido y sorprendente que agrada en Castro Giovanni, la antigua Enna, situada en el corazon de Sicilia.

Si apartamos al fin los ojos de los objetos ya próximos, ya remotos del anterior panorama, y queremos contemplar el sitio que acabamos de ocupar en clase de observadores, hallaremos todavía cosas dignas de atencion y admirables. Estamos en medio de la heredad de un rico propietario, que consiste en cierto número de campos y jardines, separados por setos de cactus ó de aloé. Al pié de la colina que baja desde el lado opuesto á Sicca hácia uno de los afluentes del abundante y cenagoso rio que hemos mencionado antes, un espacioso vergel, atravesado por cien arroyuelos artificiales, está dedicado al cultivo del hermoso y odorífico *khennah*. Sotillos espesos de palmeras parecen gozar en el contacto de las aguas que bañan sus raices, y elevan al cielo sus ramas, como en señal de agradecimiento. Mas arriba, sobre la colina, la cosecha de la cebada está recogida, ó á punto de concluirse; y todo lo que queda es el canto incesante y molesto de la cigarra, y las chozas groseras de cañas y juncos, donde los muchachos de la quinta buscan un abrigo contra los ardores del sol, mientras que un mes antes se ocupaban

en perseguir los miles de pardillos, gilgueros y otros pájaros que allí, como en los demas países, disputaban la posesion del grano al legítimo dueño. En la vertiente del Sudoeste hay un bonito viñedo, cultivado con esmero, y cuyas cepas, aunque muy pequeñas, proyectan ya largas sombras hácia el Oriente. Vense esparcidos acá y allá esclavos, á quienes proteje contra los ardientes rayos del sol el ancho *petassus*, y contra su calor sofocante el *subligarium*, que baja desde la cintura hasta la rodilla. Se ocupan en cortar los vástagos inútiles que las últimas lluvias de la primavera han hecho brotar, y en resguardar del sol y de la brisa á los que prometen fruto. Todo indica la agradable y feliz estacion que los grandes poetas latinos han contado en sus versos hermosos, pero paganos; cuando, despues de las fuertes lluvias, de las espesas nieblas, de los vientos punsantes y de los inciertos rayos del sol durante seis largos meses, la naturaleza manifiesta de nuevo su poder, y derrama en el universo tesoros de vida y alegría; ó para servirme de las espresiones de un bardo moderno, cuando

"..... la dilatada
Superficie del globo, anteriormente
Infecunda, desierta, despojada
De adornos, se presenta de repente
De nueva y rica gala revestida.
La verde yerba cubre la estendida
Llanura, el hondo valle, el empinado
Monte; en el vasto campo perfumado
El arbusto hace alarde del pomposo
Recien-nacido lujo, desplegando
Sus hojas y sus flores,
Y con primor hermana sus colores;
La hiedra aprieta al álamo frondoso
Con millares de brazos; arrastrando
Por el suelo la parra, va buscando
Igual apoyo, cuando en él tropieza
Con sus corvos zarcillos agarrada,
Hasta la espesa copa se endereza,
Y entre las verdes hojas sus pendientes
Y morados racimos, orgullosa
A los ojos ostenta; la dorada
Espiga, sus inmensos batallones
Erizados de picas relucientes,
Ordena presurosa;
Se arman por otra parte la enredada
Zarza y el duro espino de aguijones;
Al paso que los árboles gigantes,
Las faldas de los montes arrogantes
Dominan, ó encumbrados en la altura

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Esparcen con su sombra la frescura.
Mas humildes los árboles frutales,
Bañados por los húmedos cristales
De un arroyuelo, pueblan la llanura,
Y ciñen de los rios las undosas
Riberas, ofreciendo liberales,
Al alcance del hombre, sus sabrosas
Frutas. Asi la tierra, de los cielos
Hecha á la imágen, ocasiona celos
A su belleza, y es vuestra morada
Digna de ser con ellos comparada (1).”

Una estrofa de alguna antigua oda griega, cantada en un tono lastimero, salió del espeso matorral que atraviesa el sendero encajonado que conduce desde la puerta de la ciudad al arroyuelo, y un jóven que parecia ser el sub-intendente ó *procurador* de la heredad, saltó fuera de él y se adelantó hácia los trabajadores que estaban ocupados en las viñas. Sus ojos, sus cabellos, en una palabra, todas sus facciones denotaban un europeo; su aire tenia algo de tímido y de reservado mas bien que de rústico. Vestia una simple túnica encarnada con

(1) Paraiso perdido, canto VII: *traduccion de Escoiquiz.*

mangas cortas, que le llegaba á las rodillas y que sujetaba á la mitad de su cuerpo un ceñidor; sus piés estaban calzados con botas que subian hasta media pierna. Dirigiéndose á uno de los esclavos con voz dulce y jovial:

—¡Ah! Sansar, dijo, no me gusta vuestro modo de arreglar estas ramas tanto como el mio; pero es dificil convencer á una persona de vuestra edad. No atais nunca juntos los vástagos que no podais; así crecen á la ventura, de una manera enteramente inculta, y serán destruidos por el primer buey que pase por aquí el mes próximo para ir á arar los campos.

Hablaba en latin: el hombre á quien se dirigia le comprendió y contestó en el mismo idioma, aunque no sin cometer algunas faltas contra el acento y la sintáxis, como acontece al negro de las indias Occidentales con su *talkee-talkee.*

—Sí, sí, mi amo, replicó, sí, sí; pero, hasta es un error servirse del arado: la horquilla es preferible, y no hay que temer por las uvas. Yo oculto el pimpollo bajo los hijos para preservarle del sol, único enemigo temible.

—Está bien, volvió á decir Agelio-mas la orquilla no levanta tanto polvo

como el arado y el pesado animal que tira de él; y ese polvo proteje mejor el pimpollo que la sombra de las hojas.

—Pero esos grandes animales, volvió á replicar el esclavo, hacen surcos pro fundos y destruyen el viñedo.

—No sirve disputar con un anciano viñador que se habia creado ya su teoría antes que yo viniese al mundo, dijo Agelio con un tono de buen humor; y pasó á un cercado vecino.

Aquí tambien todo indicaba el mas hermoso mes del año. Era una cerca de muchas fanegas de estension, que formaba un vasto parque de rosas; y á la sazon se hacian preparativos para estraer la esencia de estas flores, cuyo producto ha dado celebridad, aun en nuestros dias, á muchas partes de aquella comarca. Veíase en aquel sitio otra porcion de trabajadores, y un hombre de edad madura que los vigilaba sin tomarse demasiada molestia. Su porte, al mismo tiempo activo, sério y desembarazado, anunciaba que era el *villicus* ó intendente.

—¡Siempre aquí, amigo mio, dijo, como si fuéseis esclavo y no romano! Hasta los esclavos tienen sus Saturnales. Trabajais sin cesar y jamás tributais culto á nuestra buena y feliz diosa. ¿Por qué no tomais parte en los placeres de la ciudad?

—¿A qué fin, señor? preguntó Agelio. ¿No os acordais de la máxima del viejo Hiempsal: "No se debe poner la mira en dos cosas." Nada estaria bien hecho si yo me entretuviese en recorrer las calles de la ciudad. Supongo que me habreis empleado para estar aquí y no en otro sitio.

—¡Bueno! respondió el intendente, pero hoy el imperio, el genio de Roma, los usos del país, y sobre todo, el mes de fiesta y de regocijos de la gran diosa Astarte, os convidan á los placeres. Vos conoceis el verso: *Parturit almus ager;* haced lo que la naturaleza os pide, y no os pongais en contradiccion con todo el mundo.

Una nube de confusion y de tristeza cubrió el semblante de Agelio. Hubiera querido esplicarse, pero se contentó con decir: "Creo que es una falta muy escusable en un dependiente."

—Sé el modo de conducirse que tienen vuestros camaradas, replicó Vitrico. Coribantes, Frigios, Judíos.....

¿Cómo os llamais? Hay en el dia tantas religiones fantásticas, que.... ¡Ahorcaos inmediatamente á la puerta de vuestra casa, si estais cansado de la vida, y acertareis! ¿Cómo puede un hombre, cuya cabeza está bien colocada sobre sus hombros, imaginar que es bueno vivir y malo divertirse?

—Me encuentro perfectamente aquí, dijo Agelio. A mí me gusta el campo, que vos hallais tan desnudo de atractivos, y llama poco mi atencion el oropel de la ciudad. Los gustos difieren.

—¡La ciudad! ¡Oh! no necesitais ir allá, repuso el intendente; todo Sicca está fuera. La multitud ha inundado los campos, los sotos y las orillas del rio. Alzad los ojos, hombre vivo, abrid los oidos y dad entrada al placer. Someteos á la dulce inspiracion de la diosa, y ella consumará vuestra dicha.

Vitrico decia la verdad; se estaban celebrando las fiestas solemnes de Astarte, famosa divinidad de Cartago y de las ciudades dependientes de ésta, que Heliogábalo habia introducido hacia poco en Roma, y que bajo distintos aspectos era al mismo tiempo Urania, Juno y Afrodita, segun personificaba la

idea del filósofo, del hombre de estado ó del vulgo: sublime é ideal, como Urania; altiva é imperiosa, como Juno; seductora y amable, como la diosa de la sensualidad y de los placeres.

—Este, pensaba Vitrico, este es el hijo del mas valiente de los soldados que han manejado el *pilum*, hasta que en sus últimos años, no sé que divinidad infernal, decidiendo perderle, le sumió á él y á los suyos en una de esas supersticiones absurdas que abundan aquí tanto como las serpientes. En cuanto á él, era demasiado viejo para que padeciese mucho; mas aquella divinidad muestra su perversa índole en la conducta que observa con estos tiernos vástagos. Es un buen servidor; pero la peste está en sus huesos y se podrirá.

Las reflexiones de su subordinado eran muy diversas.

—Hasta el aire exhala hoy dia el pecado, esclamó. ¡Oh! ¡por qué he de hallar la infeccion de la ciudad en estas obras de Dios! ¡Ay! la dulce naturaleza, la hija del Todopoderoso ha sido, pues, creada para servir de instrumento al demonio, y mejor aún que la ciudad

misma. ¡Hermosos árboles, flores encantadoras, sol brillante, aire embalsamado! ¡en qué servidumbre yaceis, y cómo debeis suspirar hasta veros libres de ella! Sois esclavos, pero no voluntarios, cual acontece al hombre; sin embargo, ¿cuándo se os empleará para un fin mas noble? ¿Cuándo vendrá á tierra este vasto y sólido establecimiento del error, obra de millares de años? Vosotros mismos, objetos tan caros á mi corazon, perecereis antes de la hora deseada. De todos modos, el camino real no es sitio seguro para mí esta tarde. Ellos volverán luego de su maldita orgía.

En efecto, habíanse oido de tiempo en tiempo en los bosques sones de instrumentos y de voces humanas, como si proviniesen de algunos grupos esparcidos acá y allá; y el crepúsculo dejaba ver por intervalos algunas luces errantes al traves de las hojas. La cabaña de Agelio se encontraba al otro lado del camino de caballarías que cruzaba la colina. Para llegar á ella, tenia que andarlo un poco de tiempo; mas, apenas lo hubo pisado, cuando se halló frente á frente de una multitud de personas

que volvian de alguna diversion impía y abominable. Llevaban vestidos de fiesta, si es que su arreo merecia tal nombre, y mostraban en su cabeza y en sus brazos los símbolos de la idolatría. Algunos de entre ellos estaban ébrios, y la mayor parte eran mugeres.

—¿Por qué no habeis ido á la ceremonia, jóven? dijo uno de los de la partida

—Tiene buena presencia, añadió otro; pero las furias se han apoderado de él. Le conozco de vista.

—¡Por Astarte! dijo un tercero, es uno de esos astutos Gnósticos. Yo he visto antes de ahora á ese bribon con su aspecto patibulario. Es uno de los cachorros de Pluton, primo hermano de Cerbero, y se llama Canibal.

A estas palabras todos se pusieron á gritar. ¡Canibal! ¡Canibal! aquí hay un jóven que te conoce. Ven, pues, con nosotros: síguenos. Y el interlocutor le empujó fuertemente.

Agelio, que continuaba poco á poco su camino, los pasó al llegar al sendero tortuoso, y con dos ó tres saltos logró verse al otro lado. Creíase ya seguro, cuando una muger gritó.—¡Ahora si que

conozco á ese escuerzo! ¡Es un mágico; se come á los niños! ¿No habeis reparado en la señal que ha hecho? Es un maleficio. Tambien la hacia mi hermana: la tonta me dejó para formar parte de esa maldita secta. Siempre estaba haciendo así (remedando la señal de la cruz). ¡Es un cristiano! Acabad con él, pues quiere convertirnos en brutos.

—¡Cerbero le devore! dijo otro: bebe sangre; y cogiendo una piedra, se la arrojó cabalmente cuando se perdia de vista. Siguió á esta accion un grito general de odio y desprecio.—¿Dónde está la cabeza de asno? ¡Apagad las luces! ¡Apagad las luces! ¡Que se le ahorque! Por eso no ha bajado al valle con la gente honrada. Dicho esto, entonaron un canto blasfematorio, cuyo sentido nos guardaremos de concebir, y mucho mas de espresar por medio de palabras.

CAPITULO II.

Los adoradores de Astarte prosiguieron su camino: Agelio hizo lo mismo

por su parte, y no tardó en llegar á su humilde y solitaria cabaña. Era el mayor de los dos hijos de un legionario romano, de la Segunda Itálica, que se habia establecido y casado en Sicca, donde murió despues de haber abrazado en sus últimos dias el cristianismo. La constancia de algunos confesores en Cartago durante la persecucion de Severo, habia sido la primera causa de su conversion. Encargado de custodiarlos, en union de otros soldados, los habia acompañado al lugar del suplicio para reforzar al poder civil, al que estaba cometida la ejecucion de la ley en el Proconsulado. De este modo, felizmente para él, no podia desempeñar el oficio de verdugo; ofiicio que, no obstante sus humanos sentimientos, no se habria atrevido á renunciar. Permaneció pagano, si bien le fué imposible librarse de la impresion que le habian causado los mártires; y despues de concluir el tiempo de su servicio se retiró bajo la proteccion de algunos buenos amigos á Sicca, donde ya habitaba su hermano. Allí se casó con una muger de la antigua raza Númida, y vivió del producto de un pequeño trozo de tierra que el go-